# LAS CRÓNICAS DE WILDWOOD

# LAS CRÓNICAS DE WILDWOOD

*escrito por*

COLIN MELOY

*ilustrado por*

CARSON ELLIS

*Traducción de* VICTORIA SIMÓ PERALES

Duomo ediciones

Publicado por primera vez en inglés por HarperCollins Publishers Ltd. bajo el título:
*Wildwood: The Wildwood Chronicles, Book 1*

© 2011, del texto, *Unadoptable Books LLC*
© De la traducción: Victoria Simó, 2012
Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
© 2026, del diseño de cubierta, *Irish Ivy LLC*. Todos los derechos reservados

Traducido gracias al acuerdo con HarperCollins Publishers Ltd. y RDC Agencia Literaria S.L.

Maquetación: Kim Amate

ISBN: 979-13-88273-08-7
Depósito legal: B 18.409-2026
© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Primera edición: octubre de 2026
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq., 08010 Barcelona
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

Impreso en Grafica Veneta S.p.A., Italia

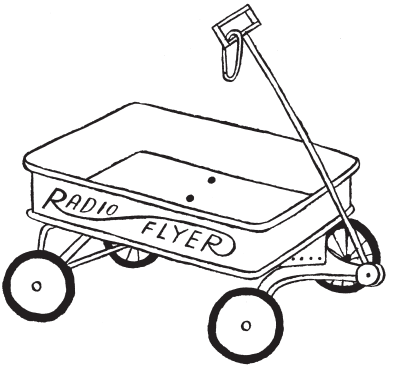
Esta obra está protegida por la legislación vigente en materia de propiedad intelectual. Queda prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización previa y por escrito del titular de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley. Asimismo, de conformidad con el artículo 4.3 de la Directiva (UE) 2019/790 y con el artículo 67.3 del Real Decreto-ley 24/2021, de 2 de noviembre, el titular de los derechos reserva expresamente cualquier uso de esta obra y de cualquiera de sus partes con fines de minería de textos y datos, incluida su reproducción o extracción mediante sistemas automatizados, algoritmos o sistemas de inteligencia artificial, así como su utilización para el entrenamiento, desarrollo o mejora de modelos de inteligencia artificial, incluidos los modelos generativos.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

*Para Hank, naturalmente*

TERRITORIO
IMPENETRABLE
WILLAMETTE
RESIDUOS
INDUSTRIALES
RESIDUOS
INDUSTRIALES
PUENTE DEL
FERROCARRIL
RÍO
ACANTILADO
ST. JOHNS
PARQUE
BIBLIOTECA
CASA DE
PRUE
Mapa de
St. JOHNS
PORTLAND
OREGÓN

# PRIMERA PARTE




CAPÍTULO I

# *Un ejército de cuervos*

A Prue no le cabía en la cabeza cómo cinco cuervos de nada se las habían ingeniado para llevarse volando a un niño de casi diez kilos, aunque, para ser sincera, en aquel preciso instante aquella era la menor de sus preocupaciones. De hecho, si alguien le hubiera pedido que hiciera una lista de todas sus preocupaciones allí mismo, en el banco del parque desde el que miraba boquiabierta cómo cinco pajarracos se llevaban al pequeño Mac entre sus garras, el enigma de cómo se las arreglaban para hacerlo habría quedado relegado al último lugar. Primera preocupación: cinco cuervos acababan de secuestrar a su hermano pequeño, que

estaba a su cuidado. Y segunda, casi empatada con la primera: ¿qué planeaban hacer con él?

Y eso que el día había empezado de maravilla.

De acuerdo, el cielo estaba bastante tapado cuando Prue despertó por la mañana, pero ¿qué día de septiembre no amanecía nublado en Portland? Subió la persiana de su habitación y se quedó un momento mirando las copas de los árboles que se recortaban contra el cielo plomizo al otro lado del cristal. Era sábado, y el aroma a café inundaba la casa. Sus padres estarían haciendo lo mismo que todos los sábados: su padre, con la nariz en el diario, se llevaría una taza de té tibio a los labios mientras que su madre estaría escudriñando por las bifocales de carey la maraña de lana que se empeñaba en llamar labor, aún indeterminada. En cuanto a su hermano, un peque de un año recién cumplido, estaría sentado en la trona, explorando nuevas posibilidades de su parloteo: «¡Tuuuu! ¡Tuuuu!».

Como era de esperar, cuando Prue bajó a la cocina descubrió que sus suposiciones no andaban muy desencaminadas. Su padre farfulló un saludo, los ojos de su madre le sonrieron por encima de las gafas y su hermano gritó:

–¡Puuuu!

Prue se preparó un cuenco de muesli.

–Estoy asando *bacon*, cariño –le dijo su madre antes de devolver la atención a la ameba de lana que tenía en las manos (¿un jersey?, ¿una funda para la tetera?, ¿una soga?).

–Mamá –contestó Prue mientras vertía leche de arroz en los cereales–, ya te lo he dicho. Soy vegetariana. Ergo: no como *bacon*.

Había descubierto la palabra *ergo* en un libro. Era la primera vez

que la empleaba. No estaba segura de haberla usado bien, pero le encantaba cómo sonaba. Se sentó a la mesa de la cocina y le guiñó un ojo a Mac. Su padre alzó la vista un momento por encima del diario y le sonrió.

–¿Qué tienes pensado hacer hoy? –le preguntó–. Recuerda que te toca cuidar a Mac.

–Bueno, no sé –repuso Prue–. Iremos a dar un paseo. Atracaremos a un par de ancianitas. A lo mejor reventamos el almacén de una tienda. Llevaremos el botín a una casa de empeño. Es más divertido que ir a una feria de artesanía.

El padre bufó.

–No olvides devolver los libros a la biblioteca. Están en la cesta de la entrada –le recordó su madre entre el repiqueteo de las agujas–. Esperamos estar de vuelta para la cena, pero ya sabes que a veces esas cosas se alargan.

–Entendido.

Agitando la cuchara como un poseso, Mac gritó:

–¡Puuuuu!

Luego estornudó.

–Ah, y es posible que tu hermano esté resfriado –añadió el padre–. Asegúrate de abrigarlo bien, vayas donde vayas.

(Los cuervos proseguían su vertiginoso ascenso con su hermano en volandas y Prue añadió otra preocupación más a la lista: *¿Y si está resfriado?*)

Así había transcurrido la mañana. Nada fuera de lo normal. Prue apuró el muesli, echó un vistazo a las tiras cómicas del diario, ayudó a su padre a resolver las palabras fáciles del crucigrama y fue

a enganchar el cochecito rojo Radio Flyer a la parte trasera de su bici sin marchas. El velo gris y uniforme seguía tapando el cielo pero no parecía que fuera a llover, así que Prue le puso a Mac un jersey de felpa, lo envolvió en una mantita de *chintz* acolchada y lo metió en el coche mientras Mac la obsequiaba con su incansable parloteo. Para terminar, la niña sacó el brazo de su hermano de aquel nido de tela y le tendió su juguete favorito: una serpiente de madera. Él la agitó contento.

Prue metió las zapatillas negras en los pedales con puntera y se puso en camino. El remolque rebotaba tras ella y Mac lanzaba gritos de alegría con cada salto. Y así, con aquel cochecito a rastras que se inclinaba peligrosamente cada vez que Prue esquivaba un obstáculo o evitaba un charco, atravesaron a toda velocidad el vecindario de coquetas casas de madera. Los neumáticos surcaban el asfalto mojado con un susurro de satisfacción: *ssshhhh*.

La mañana transcurrió volando y dio paso a una tarde cálida. Después de hacer varios recados (devolver unos Levis de un color que a Prue no le gustaba; examinar la cubeta de llegadas recientes en la tienda de discos Vinyl Resting Place; compartir sin muchos remilgos un plato de tostadas veganas en el restaurante mexicano), Prue acabó matando el tiempo en la terraza de la cafetería de la calle Mayor mientras Mac, por fin en silencio, dormía la siesta en el remolque rojo. Tomando leche evaporada, la niña observaba a través de la cristalera a los empleados del café, que intentaban colgar una cabeza de alce en la pared a modo de trofeo. Los coches zumbaban por Lombard Street, primera avanzadilla de la discreta hora punta del vecindario. Algún que otro transeúnte hacía carantoñas al bebé dormido en el coche, y

Prue los obsequiaba con sonrisas sarcásticas, algo molesta de formar parte de aquella tierna estampa de amor fraternal. Distraída, hacía garabatos en su cuaderno de dibujo: un apunte de la alcantarilla que tenía delante, plagada de hojas; un esbozo del rostro tranquilo de Mac, muy centrado en la burbuja de moco que se inflaba en su orificio nasal izquierdo. La tarde llegaba a su fin. Mac despertó y la sacó de su modorra.

–Muy bien –dijo Prue, y se puso a su hermano en las rodillas mientras él se frotaba los ojos adormilado–. En marcha. ¿A la biblioteca?

El niño, confundido, hizo un puchero.

–A la biblioteca pues –decidió Prue.

Frenó de golpe ante la biblioteca de Saint Johns y bajó de la bici de un salto.

–No vayas a ninguna parte –le ordenó a Mac mientras sacaba el montoncillo de libros que guardaba en el cochecito.

Prue corrió hasta el vestíbulo y se puso a la cola de las devoluciones. Mientras esperaba, examinó los libros que llevaba en la mano. Al llegar a uno en concreto, la *Guía Sibley de aves*, se detuvo y suspiró. La había retenido durante casi tres meses, a pesar de los avisos de vencimiento de plazo y de las notas amenazadoras de los bibliotecarios. Abatida, Prue hojeó el libro una vez más. Había dedicado horas enteras a copiar en su cuaderno las hermosas ilustraciones de los pájaros, mientras susurraba aquellos nombres fantásticos y exóticos como si fueran encantamientos secretos: *el cardenal del oeste*. *El chotacabras*. *El vencejo de Vaux*. Los nombres evocaban imágenes de climas amables y lugares lejanos, tranquilos amaneceres en las pra-

deras y vistas aéreas de bosques envueltos en bruma. Su mirada se desplazó del libro al oscuro mostrador de devoluciones y luego de vuelta al volumen. Prue hizo una mueca de dolor y murmuró:

–Qué se le va a hacer.

Se guardó el libro en el bolsillo del chaquetón. Soportaría la cólera de los bibliotecarios durante una semana más.

En el exterior, una anciana se había detenido con cara de pocos amigos ante el cochecito y buscaba ansiosa al propietario. Mac, tan tranquilo, mordisqueaba la cabeza de su serpiente de madera. Prue puso los ojos en blanco, inspiró hondo y abrió las puertas de la biblioteca. Cuando la mujer la vio, blandió un dedo nudoso en su dirección al mismo tiempo que farfullaba:

–¡Dis... disculpe, señorita! ¿Cómo se le ocurre? ¡Dejar a un niño solo! ¿Saben sus padres lo mal que cuida de él?

–¿Qué padres? ¿Los del niño? –preguntó Prue mientras montaba en la bici–. Pobrecito, no tiene padres. Lo encontré entre un montón de libros de regalo.

Sonrió de oreja a oreja y empujó la bicicleta hasta la calle.

El parque estaba vacío cuando llegaron. Prue sacó al niño de su capullo de tela y lo dejó de pie junto al remolque, ahora desenganchado. Hacía poco que Mac había empezado a dar sus primeros pasos y acogió encantado la oportunidad de poner a prueba su equilibrio. Parloteó, sonrió y, bamboleándose, alcanzó el cochecito y lo empujó despacio hacia la zona de juegos pavimentada.

–Cánsate mucho –le dijo Prue.

Luego se sacó del abrigo el ejemplar de la *Guía Sibley de aves* y la abrió por una página que tenía la esquina doblada, la que hablaba de

los turpiales gorjeadores. Las sombras se iban alargando a medida que las últimas horas de la tarde cedían el paso a las primeras de la noche.

Entonces reparó en los cuervos.

Al principio solo eran unos cuantos, que revoloteaban en círculo sobre el cielo nublado. Prue captó el movimiento por el rabillo del ojo y alzó la vista para mirarlos. *Corvus brachyrhynchos;* la noche anterior había estado leyendo sobre ellos. Aunque estaban lejos, a Prue le sorprendió su tamaño, así como la potencia de sus aleteos. Unos cuantos más se unieron a los primeros. Eran muchos ya los que daban vueltas y vueltas por encima del tranquilo parque. ¿Una bandada? ¿Una comunidad? Hojeó las últimas páginas de la *Guía Sibley*, donde un listado detallaba los términos colectivos que se aplican a las aves: colonia, población, bando. Aquello parecía más bien un ejército de cuervos. Prue se estremeció. Al devolver la vista al cielo advirtió inquieta que aquel ejército de cuervos había aumentado considerablemente de tamaño. Había decenas de pájaros, todos negros como el carbón, recortando grandes agujeros en el firmamento. Prue se volvió a mirar a Mac, que se había alejado varios metros y se bamboleaba alegremente por la zona de juegos. Se puso nerviosa.

–¡Eh, Mac! –lo llamó–. ¿Adónde vas?

Sopló una ráfaga de viento. Prue alzó la vista al cielo y se horrorizó al descubrir que los cuervos se habían multiplicado por veinte. Era imposible distinguir los pájaros aislados de la bandada, y la masa se fundía en una gran figura trémula que impedía el paso a la luz pálida de los últimos rayos de sol. La nube negra fluctuaba en el aire, y la combinación de aleteos y fuertes graznidos era casi ensordece-

dora. Prue miró a su alrededor para comprobar si alguien más podía presenciar aquel fenómeno tan extraño, pero descubrió horrorizada que estaban solos.

Y entonces los cuervos descendieron en picado.

Los graznidos se convirtieron en un solo grito cuando la nube de cuervos hizo una finta en dirección al cielo para bajar después como una flecha hacia su hermano pequeño. Mac gritó asustado cuando el primer cuervo se lanzó sobre él y lo agarró por la capucha del jersey en un visto y no visto. Un segundo pajarraco lo tomó por una manga, un tercero por el hombro. Luego bajaron un cuarto cuervo y un quinto, hasta que la nube al completo rodeó al niño y eclipsó su cuerpo como un mar negro de plumas brillantes. A continuación, aparentemente sin el menor esfuerzo, se llevaron volando a Mac.

Paralizada de la impresión y la incredulidad, Prue contemplaba la escena: *¿cómo se las habían arreglado para hacer eso?* Descubrió que le pesaban las piernas como si fueran de cemento, que su boca era incapaz de articular palabra o sonido alguno. Aquel único suceso acababa de poner patas arriba toda su vida, tan plácida y predecible hasta el momento; cuanto había sentido o creído a lo largo de su existencia quedó en entredicho. En realidad, nada de lo que sus padres le habían contado jamás y nada de lo que había aprendido en la escuela habría podido prepararla para lo que

estaba sucediendo. Ni, de hecho, para lo que estaba a punto de suceder.

–¡Soltad a mi hermano!

Saliendo del trance, Prue se dio cuenta de que estaba de pie en el banco del parque, amenazando a los pajarracos con el puño igual que un patético personaje de cómic maldeciría al villano que le ha robado el bolso. Los cuervos ganaban altura rápidamente; ya habían sobrepasado las ramas más altas de los álamos. Prue apenas alcanzaba a ver a Mac entre aquel enjambre negro y alado. Por fin, la niña se bajó del banco y agarró una piedra del suelo. Apuntando al buen tuntún, lanzó el pedrusco a las aves con todas sus fuerzas, pero descubrió con tristeza que no alcanzaba su objetivo ni de lejos. Los cuervos ni se inmutaron. Sobrevolaban ya los árboles más altos del vecindario y seguían ascendiendo, de tal modo que los primeros empezaban a perderse entre las nubes. La masa oscura avanzaba con lentitud, casi con pereza para salir después disparada en una u otra dirección. De repente, la cortina de cuervos se dividió en dos y Prue alcanzó a ver a lo lejos la forma beis de Mac, su jersey de felpa prendido entre las garras como un títere de trapo. Advirtió que a uno de los pájaros se le había enredado la garra en la pelusilla de la cabeza del niño. La nube se separó definitivamente en dos grupos: uno escoltaba a los cuatro o cinco cuervos que transportaban a Mac mientras que el otro se precipitaba en picado hacia las copas de los árboles. De repente,

dos de los cuervos que llevaban a su hermano lo soltaron mientras los demás se esforzaban en vano por sujetarlo. Prue gritó al ver que el pequeño Mac caía a plomo en dirección al suelo, pero antes de que el niño llegase siquiera a acercarse a tierra, el segundo grupo lo cazó al vuelo y ascendió hacia la nube de aves chillonas. Las dos bandadas, reunidas de nuevo, viraron en el aire una vez más y echaron a volar hacia el oeste sin previo aviso, lejos del parque.

Pensando que tenía que hacer algo, lo que fuera, Prue corrió hacia la bici, montó a toda prisa y salió disparada en pos de los cuervos. Al no llevar el lastre del remolque, llegó a la calle en un periquete. Dos coches tuvieron que frenar en seco cuando pasó a toda pastilla por el cruce de delante de la biblioteca. Alguien le gritó: «¡Cuidado!» desde la acera. Prue no se atrevía a apartar la vista de aquellos cuervos tan inquietos.

Pedaleando con todas sus fuerzas, la niña se saltó la señal de *stop* entre Richmond e Ivanhoe, lo que provocó la ira de un transeúnte. Luego dobló hacia el sur por Willamette. Los cuervos, que no tenían que esquivar la interminable serie de casas, jardines, calles y semáforos del barrio, avanzaban raudos allá en lo alto, y Prue ordenó a sus piernas que se moviesen aún más deprisa para no perderlos de vista. Habría jurado que, mientras los perseguía, los pájaros jugaban con ella, volvían atrás, descendían bajo el nivel de los tejados y volvían a remontar el vuelo otra vez rumbo al oeste. En esas ocasiones, Prue atisbaba un momento a su hermano, que asomaba entre las garras de sus secuestradores y luego volvía a perderse entre el remolino de plumas.

–¡Ya voy, Mac! –gritó.

Las lágrimas surcaban las mejillas de Prue, pero no habría sabido decir si estaba llorando o sencillamente lagrimeaba a causa del frío. El corazón le latía desbocado en el pecho, pero sus emociones estaban adormecidas; aún no se acababa de creer que aquello estuviera pasando. Un solo pensamiento ocupaba su mente: recuperar a su hermano. Juró que nunca jamás volvería a perderlo de vista. Los coches pitaban a su alrededor mientras Prue zigzagueaba entre el denso tráfico de Saint Johns. Un camión de la basura, que giraba con una lenta maniobra, bloqueó el tráfico de Willamette Street. Prue se subió al bordillo y siguió avanzando por la acera a toda velocidad. Un grupo de peatones se apartó entre gritos.

–¡Perdón! –chilló la niña.

Sin previo aviso, los cuervos viraron en ángulo cerrado y descendieron casi en fila de a uno directamente hacia ella. Prue gritó y se agachó mientras las aves pasaban volando tan a ras de tierra que notó el roce de las plumas en el pelo. Oyó aquel balbuceo que tan bien conocía:

–¡Puuuuu!

Pronto los cuervos reanudaron el avance hacia el oeste y Prue perdió de vista a su hermano. Sin dejar de mover las piernas, se puso de pie en los pedales y saltó a la calzada amortiguando el impacto con los brazos. En cuanto pudo, viró a la derecha por una calle secundaria que serpenteaba entre casas encaladas de dos plantas. El terreno descendía suavemente y Prue tomó velocidad mientras la bicicleta traqueteaba bajo su peso. Y entonces, súbitamente, la calle finalizó.

Había llegado al acantilado.

Allí, en la ribera oriental del río Willamette, había un despeña-

dero natural que se abría entre el apretujado vecindario de Saint Johns y la orilla propiamente dicha, una serie de precipicios que se prolongaban a lo largo de casi cinco kilómetros y que la gente llamaba sencillamente «el acantilado». Sobresaltada, Prue frenó tan en seco que estuvo a punto de caer al abismo por encima del manillar. Los cuervos habían dejado atrás el despeñadero y se desplegaban hacia el cielo como un tornado negro y tembloroso, enmarcados por el humo que desprendían los numerosos hornos de fundición y chimeneas de una zona conocida como los Residuos Industriales, una auténtica tierra de nadie situada al otro lado del río y de la que se habían apoderado tiempo atrás los magnates de la industria local para transformarla en aquel sobrecogedor paisaje de humo y acero. Al otro lado de los Residuos, entre la neblina, Prue alcanzó a atisbar el relieve ondulado de unas montañas boscosas que se perdían en el horizonte. Entonces palideció.

–No –susurró.

En un abrir y cerrar de ojos y en absoluto silencio, el tornado de pájaros alcanzó la orilla opuesta y se convirtió en una columna larga y delgada que se perdía en la oscuridad de los bosques. Los cuervos se habían llevado a su hermano al Territorio Impenetrable.